

Si conseguí mucho ó poco, bueno ó malo, habrán de decirlo las páginas de este Almanaque. Pero en todo caso, conste que no fué la idea de lucro la que decidió á todas esas inteligencias á derramar el producto de sus ideales ó de sus tristezas en las hojas de este libro. Casi todas las composiciones, contenidas en él, me fueron graciosamente cedidas por sus autores, sin estipendio alguno; y en los poquísimos casos en que se estipuló tal cual retribución, ella fué tan modesta, tan por debajo del mérito del trabajo á que fué asignada que, si de otra labor cualquiera se hubiese tratado, que no fuese la literaria, habría causado pena el ofrecerla, aun al menos experto obrero.

Y no me mortifica hacer esa pública declaración, porque el país entero sabe que yo soy un editor sin más capital que mi atrevimiento y que, si muchas veces quisiera ser un Crespo para cubrir con oro al poeta hermano, autor de una estrofa cualquiera que me llega al alma, en cambio, mi admiración no puede traducirse, en ciertos casos, ni por modestísima invitación á libar un vaso de buena cidra.

Pero esto mismo—lo repito—sirve para hacer el elogio de tantos amigos desinteresados y sinceros que han vaciado en mi carpeta la pedrería de sus inteligencias y el oro de sus corazones, dándome, con ello, material valioso para construir una corona que brille en las sienas de nuestra virgen literatura, con los destellos vivos y perdurables de la gloria.

Mi pública gratitud á todos ellos, y perdonen al desmañado orfebre si el arte con que la diadema fué cincelada, no corresponde ni al mérito de las piedras ni á la pureza del oro. No fué la voluntad la que anduvo remisa en ello, sino la ineptitud la que dió su ingrato y natural producto.

Otras ayudas me fueron otorgadas, no menos benévolas ni menos efectivas que las anteriores, si bien razones que me imponen el deber de la discreción, me obligan á no reconocerlas pública y solemnemente como quisiera; pero quepa á sus autores la certeza de que mido y comprendo todo su alcance, reconociendo que á ellos debo el que mi bien intencionada, aunque mal dirigida empresa, no haya concluído, como lo profetizó un periódico, en su primer ensayo.

Las secciones de Grabado, de Litografía y de Imprenta de la Oficina del Timbre—establecimiento que honraría á Londres ó á Nueva York—son también acreedoras á mi agradecimiento, porque todas ellas rivalizaron en cariñoso empeño y buena voluntad para que este Almanaque estuviera á la altura de sus fines. El Sr. Don Patricio León, inteligentísimo Director de ese plantel, vió en el Almanaque Mexicano algo así como un hijo mimado de sus talleres y no hubo solicitud que no le prodigara ni esfuerzo que omitiera para hacerlo digno de llevar al frente el nombre de la cuna que lo meció y de los pañales que lo envolvieron.

Por último; la fábrica de Belem, del Sr. Don Juan M. Benfield, hizo un papel especial de calidad magnífica, en el que la ganancia fué nula, si no es que produjo pérdida, todo para que esta obra, mexicana en todos sus pormenores, no perdiera esa cualidad sino en lo relativo á las tintas con que está impresa; son estas lo único que hay de extranjero en mi Almanaque.

Séame, pues, lícito reconocer, con verdadero afecto, todas esas cooperaciones benevolentes. Sin ellas, mis propósitos habrían sido estériles y mi obra incompleta.

Que mi buena suerte me conserve—para continuarla—todas esas colaboraciones, decisivas en la marcha de mi idea. Con ellas, todo lo puedo; sin su concurso soy impotente para dar hacia adelante un solo paso más.

Y ya que el público conoce las poderosas andaderas con que salgo á su encuentro, ponga él también un poco de su parte para que estos ensayos sean menos efímeros, y de más seguro alcance sus resultados. El futuro se lo pagará dándole fama de ilustrado, benévolo y progresista.

México, Diciembre 15 de 1895.

Manuel Caballero.